

Betina González

EL AMOR ES UNA CATÁSTROFE NATURAL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

BETINA GONZÁLEZ
EL AMOR ES UNA
CATÁSTROFE NATURAL

TUSQUETS
EDITORES

Los que persiguen tormentas

Cada vez que el teléfono suena en medio de la noche, pienso que van a avisarnos de una tormenta nueva y que si no tengo todo, pero todo listo, papá va a salir sin mí. Sé que va a ser una grande, de esas en las que las nubes se apilan y parecen torres que giran como la mecha de un taladro, una tormenta en la que los rayos duran tres o cuatro segundos de más, como si un árbol de navidad con un switch roto tratara de dibujarse en el cielo. Con mi suerte, va a ser la más grande del mundo y yo me la voy a perder por estar todavía en pijama, soñando que voy a un cumpleaños en la casa de una compañera y que cuando me abren la puerta soy la única que está disfrazada de tomate maduro.

Parece que mucha gente tiene esa clase de sueños. Lo sé porque lo busqué en Google. Puse «Sueño con disfraz humillante» y salieron sesenta y ocho millones setecientos mil links. La mayoría eran páginas que se suponía que yo no debía ver (adultos con poca ropa o disfrazados de cosas sexuales), pero lo bueno es que así encontré a Debbie.

Debbie tarda uno o dos días en responder, pero siempre lo hace. Tiene un sitio que se llama «OvejasElectricas.org». La gente escribe sus sueños y ella los explica. Es importante ponerle un buen título al tuyo porque así los que tuvieron uno parecido pueden encontrarlo fácilmente y no se sienten tan raros por haber soñado que iban descalzos al trabajo, que se les caían los dientes o que estaban en la cama con el tío de su madre. Al mío le puse «Tomate maduro en fiesta de cumpleaños» y esto es lo que dijo Debbie: «Soñar que te invitan a un cumpleaños es siempre algo bueno, aunque seas la única con un disfraz. Eso puede significar que tu espíritu es especial y es capaz de guiar a otros. El problema es que probablemente no creas en tu propia habilidad y por eso los que te abren la puerta se ríen y no entienden que son ellos los que están equivocados». Hasta ahora no encontré a nadie más que haya soñado que era un tomate, pero boris200 escribió sobre una vez en la que soñó que era un soldado y en lugar de un rifle le daban un bolso lleno de latas de tomates; y en el sueño de sadbride92 (que pasaba en un faro) ella llevaba un vestido de ese color. Me gustaría que Debbie me dijera qué quiere decir el tomate en sí. También quisiera soñar con un faro o con un zoológico africano, como reinareptil978. Ojalá pudiéramos elegir los sueños como se eligen las películas. Yo preferiría soñar que papá y yo vamos en un VIT y nos

metemos en el ojo de una tormenta, solo que el ojo es el cielo entero que se abre para dejarnos pasar y de repente estamos en otra dimensión y somos los primeros en descubrirla.

Es por eso que duermo con la ropa puesta y el bolso listo al costado de la cama. Papá tiene un amigo que se la pasa mirando los radares y le avisa cuándo se acerca una tormenta grande. Cada vez que el teléfono suena en medio de la noche, pienso que puede ser él. Nunca se puede estar del todo preparada, pero yo trato de dejar listo al menos el equipo mínimo: barras de cereal, botellas de agua, bolsas de papas fritas y dos o tres cámaras de bolsillo por si la cámara profesional se nos atasca. Todo eso lo aprendí la vez que perseguimos a Reina Malva durante doce horas (a las tormentas no se les pone nombre como a los huracanes porque pasan una sola vez, pero yo se los pongo igual). Reina Malva empezó un viernes cuando unos cumulonimbos que parecían inocentes empezaron a hacerse cada vez más gordos y grises. Después se fueron pegando unos a otros y se pusieron color malva, que en *Doctor Who* es el color del peligro, y también es de mala suerte, lo sé porque mamá nunca lo usa, dice que no hace nada por su piel y que tampoco es bueno comer cosas de ese color, mejor comer dulces color frambuesa y ponerse pulóveres de ese tono también. La cuestión es que las nubes, un poco antes de ponerse negras, pa-

san por el malva y ahí es cuando la cámara tiene que estar instalada en el trípode. En general, papá y yo la armamos en la terraza pero ese viernes sabíamos que la tormenta iba a pasarnos de largo, que iba a ser necesario prepararnos para una persecución. Lo que no sabíamos era que Reina Malva era la cola de un ciclón y por eso todo se inundó casi inmediatamente y llegó un punto en que ya no pudimos avanzar. Papá apagó la radio y nos quedamos al costado de la ruta oyendo el ruido del viento y del limpiaparabrisas, muertos de sed, viendo como el cielo se ponía gris, morado y espliego y un montón de colores para los que no existen palabras.

Las fotos de ese viaje salieron en una revista y nosotros en la televisión. El noticiero entrevistó a varias personas que se habían quedado atrapadas en la ruta ese fin de semana. A mí me preguntaron si había tenido miedo y yo les dije la verdad: que papá y yo perseguimos tormentas desde que tengo cinco años.

No era la primera vez que papá salía en la tele. Hace unos años, él y mamá concursaron por un viaje en un programa de parejas. Tuvieron mucho éxito y todavía hay gente que los reconoce en el supermercado y les pregunta si de verdad son Don y Dalia, de la televisión. Mi papá no se llama Don. Se llama Juan. Don es su nombre artístico de cuando estudiaba teatro y fotografía, pero todavía lo sigue usando.

Mamá sí se llama Dalia y siempre dice que todos en la familia deberíamos agradecerle su sexto sentido para los negocios. Hasta ahora tuvo cuatro. Los primeros fueron una panadería, un servicio de karaoke y una compañía de títeres. Los títeres no duraron mucho porque los chicos de hoy prefieren los videojuegos y otras basuras electrónicas (yo le dije que no, que el problema no era que los títeres no fueran electrónicos, que el problema era que hacían cosas aburridas como querer salvar el planeta de la contaminación o cantar canciones de los años setenta). Aunque papá y mamá perdieron en la última ronda del programa, la gente que los reconoce por la calle les dice que fue una injusticia, que ellos y no esa otra pareja deberían haber ganado una segunda luna de miel en Tailandia. Fue un poco después de lo del programa que a mamá se le ocurrió poner una empresa para ayudar a los que quieren ser actores. Un montón de personas vienen a casa a hacer todo tipo de videos. Mi favorito es un chico que se especializa en imitaciones. Ya vino a grabar su cuarto monólogo.

Es una lástima que perseguir tormentas no sea un negocio porque entonces ya seríamos millonarios. Estoy segura de que detrás de las tormentas hay un mundo. Solo que hasta ahora nadie pudo fotografiarlo. Para eso se necesita un VIT, que quiere decir «Vehículo para Interceptar Tornados». Papá y yo vimos el prototipo en un documental. Parece un tanque y

sirve para llegar hasta el ojo de un huracán si es necesario.

Cuando vi a papá en el jardín con la caja de herramientas, un tanque de gas y pilas de cartón, papel aluminio y cinta adhesiva, pensé que finalmente había comprado las cosas para construirlo. Bajé corriendo las escaleras y le pregunté de dónde había sacado el modelo para hacerlo. Papá se rio y dijo que lo que estaba construyendo no era un VIT sino un globo aerostático.

—¿Para qué?

Se encogió de hombros y se limpió las manos en el pantalón.

—Para ver si me sale hacerlo —me contestó.

Dijo que con esos materiales podía construirse un globo lo suficientemente fuerte para soportar solo unos veinticinco kilos y que por eso yo iba a tener que probarlo sola. Le llevó tres días terminarlo.

La noche anterior al lanzamiento de prueba, cenamos en el restorán chino. Pedimos el festín familiar. Mamá tenía puesto el vestido negro con hilos plateados. Hacía años que no lo usaba, desde la fiesta de inauguración de la panadería. Se veía bien, aunque tuvo que hacerle arreglos, después de haber perdido tanto peso. Papá tenía puesta su ropa de siempre. Durante la cena, nos volvió a contar la historia de cómo a los ocho años pescó una trucha, solo para enterarse, mucho después, de que había sido su

papá el que había puesto el pez en el anzuelo mientras lo mandaba a buscar cervezas al coche. Una vez le pregunté al abuelo por qué había hecho eso y me dijo: «Quería que tuviera confianza en sí mismo». Mi galleta de la suerte también hablaba de la confianza. Decía: «La confianza es la casa del amor». Me gustan las galletas de la suerte pero creo más en los sueños. Lástima que ayer no soñé nada. Por ahí hubiera tenido una premonición y sabría por qué estoy encerrada en el altillo.

Al día siguiente, probamos el globo, justo a la hora en que los vecinos estaban en su pileta. Mamá lo grabó todo con la cámara que usan para el trabajo. Subí con el equipo para tormentas, aunque papá me hizo dejar las cámaras y algunas botellas porque eran demasiado pesadas. También me dijo que no me sentara para que todos pudieran verme. Cuando por fin logramos lanzar el globo (hubo que emparchar una pinchadura a último momento), sentí un aire en el estómago igual a cuando te empujan en una hamaca sin avisarte. El globo subió mucho más lento de lo que esperaba y llegó solamente hasta la altura de los árboles porque, como era nada más una prueba, papá no había cortado las cuatro cuerdas de seguridad que lo sujetaban a los ganchos en la pared del patio. Pude ver los techos de las casas y el patio de la señorita La Brècque, que en ese momento salía a barrer. Al ver el globo, levantó un brazo y gritó mi nombre. Me gusta la señorita

La Brècque, no es como otros viejos. A veces voy a su casa nada más que a charlar, aunque no de las tormentas. Con ella hablo de si existe el tercer ojo o de lo que significa «tener confianza en uno mismo». Desde el globo vi los árboles como nunca antes los había visto y la pileta de los Valenti, donde Laura y su hermana jugaban con una pelota hasta que me vieron y empezaron a gritar y a saludar. Lástima que no pude sacar ni una foto.

Por eso hoy cuando me levanté, lo primero que hice fue poner una cámara en el globo, con cuidado de que nadie me viera. Mamá me esperaba con el desayuno listo y me recordó que tenía que usar la misma ropa de ayer. Dijo que era porque ya sabíamos cuánto pesaba y había que ser exactos con los kilos. Oí a papá en el patio preparando el globo. Cuando estaba por salir a ayudarlo, mamá me dijo que todavía era muy temprano, que mejor subiéramos a la pieza de arriba para espiar los preparativos y buscar un pedazo de sogá para reforzar las amarras.

Ya en la escalera tuve un poco de miedo porque mamá puso su mano en mi cuello y era una mano de uñas largas, rojas y frías. Iba hablando de las cosas de siempre. De que había que arreglar el aire acondicionado y de cuánto trabajo requería esa casa que al fin y al cabo no era nuestra sino de los abuelos. Entramos a la pieza a la que mamá le dice altillo y nos acercamos a la ventana (cuando era más chica me gustaba jugar

a que era el ojo de buey de un barco fantasma y yo era un espectro que asustaba a Laura Valenti). Papá estaba cruzado de brazos mirando cómo el globo se iba inflando a medida que el gas salía del tanque. Le faltaba un rato para parecer realmente un globo, más bien parecía una medusa gigante y plateada que fuera a comérselo en cualquier momento. Iba a decírselo a mamá, pero cuando me di vuelta estaba sola. Ya antes de probar el picaporte, adiviné que la puerta iba a estar cerrada con llave.

Vi cómo mamá salía al patio con la cámara colgada del hombro y un vaso con jugo de naranja en la mano. Vi cómo le daba el vaso a papá, cómo el globo terminaba de inflarse y se iba despertando de a poco en el aire, cómo papá cortaba las sogas y sonreía a la cámara pero de pronto ponía cara de asustado y corría hacia el globo como si se hubiera olvidado de algo importante. Mamá soltó la cámara y también corrió. Los dos trataron de recuperarlo dando saltitos para agarrar la cuerda más cercana, pero una ráfaga de aire lo empujó hacia la casa de los Valenti. Los dos corrieron hacia la verja de madera, gritando, mientras el globo se hacía más y más chico en el cielo sin una nube de la mañana. Mamá llamó a alguien desde su celular y los Valenti vinieron hasta la verja con Laura y su hermana todavía en pijama. Todos señalaban el cielo y sacudían los brazos como si fueran a llegar los extraterrestres.

Hubiera podido gritar por la ventana. Por ahí Laura se hubiera acordado de nuestro juego y hubiera levantado la vista. Pero no lo hice. Porque lo que más quería en ese momento era entender qué era lo que había hecho mal. ¿Sería porque había escondido la cámara en el globo? ¿O porque la semana anterior no había querido ir al dentista y mamá me había tenido que arrastrar hasta el consultorio?

Un poco después, me quedé dormida. Cuando me desperté, había un plato sobre la mesa de coser que ya nadie usa: hamburguesa con papas fritas, mi favorito. Dormí, pero no soñé. Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá esto fuera un sueño en el que mis padres me encerraban en el altillo. Seguro que Debbie sabría lo que significa.

Afuera el cielo se puso rosa en los bordes, como las postales que mamá guarda en una caja de cartón acá en esta pieza. Son fotos en blanco y negro de gente que nunca hizo nada con su vida. Gente que nunca persiguió una tormenta ni viajó en un globo aerostático. Eso es lo que dice papá. Que no hay nada peor que pasar por la vida siendo nada más que público para el show de los demás. Como la gente que ahora está en el patio y en el jardín de adelante. Además de los Valenti, hay un montón de otras personas que no conozco. Y cámaras de televisión. Y una camioneta blanca de la que bajan hombres con trajes y reflectores. Mamá tiene puesto el vestido con hilos

plateados y papá su ropa de siempre. Se abrazan y lloran frente a las cámaras. Dicen que perdieron a su hija en un globo aerostático. Son Don y Dalia otra vez. Don y Dalia, de la televisión.